

# 1. CATERINA

## 31 de mayo

El asesino ha entrado en la casa de la víctima con la llave que le han dejado bajo la alfombra. Escondido tras las cortinas del despacho espera a que ella reciba la llamada telefónica y vaya a responder. Cuando descuelgue el auricular se colocará justo delante y de espaldas a él.

¡Riiing!

Tumbada en el sofá, frente al televisor, inmersa todavía en la película, da un respingo. Con la sacudida, el cucurucho de chocolate, que ha empezado a derretirse, escupe un gotarrón sobre su mano regordeta y blanca. El teléfono vuelve a sonar. Pasan unos segundos antes de que regrese al mundo real y comprenda que la llaman a ella. Entonces se chupa voraz el dorso de la mano, pausa el reproductor de DVD y logra descolgar justo antes de que salte el contestador.

—¿Pronto? —Su voz suena incierta, aún está perturbada.

—¿*Signorina* Skitt? Quisiera hablar con Caterina Skitt.

—Yo misma. ¿Quién es? —Su voz se vuelve algo más segura.

—*Brigadiere* Casagrande, *carabinieri* de Montebelluna.

—¿Cómo? ¿Qué? —Voz aguda, de soprano, su voz.

—Se trata de su teléfono móvil, *signorina*.

—*Signora*, por favor, si no le molesta. —Ahora con aire ofendido—. Mi teléfono. ¿Qué teléfono?

—Ha aparecido su teléfono móvil, *signora*. Número 3293567081.

—*Brigadiere*, lo siento pero debe haber un error. Ese número no es mío y no he perdido mi móvil —dice Caterina. El helado derretido corre ya antebrazo abajo.

—¿Está segura? ¿Un teléfono marca Siemens de color gris?

—Segurísima. Solo tengo un teléfono móvil, marca Nokia, y está justo delante de mí.

Y un instante antes de que la gota marronosa caiga sobre el sofá, Caterina es capaz de mover su mano para que se desvíe a la servilleta. Entonces chupa de nuevo el helado y espera, tranquilamente, a que el silencio al otro lado de la línea se rompa.

—Es muy extraño. Pero si usted insiste... De todas formas, para cerrar la incidencia y que firme el informe necesitamos que pase por la comisaría o que nos permita visitarla en su casa. Lo que prefiera...

—Pues mejor si pueden pasar ustedes. Esta tarde estoy en casa. Pueden venir a cualquier hora.

—De acuerdo, hacia las seis pasarán dos agentes. Gracias *signori... signora*.

—De nada, *brigadiere*.

Cuelga de golpe y se limpia el brazo con la servilleta. Intenta volver a la película, pero no puede concentrarse. ¿Por qué han pensado que aquel móvil era suyo? Ella solo tiene un móvil, y no ha cambiado de número... «¡Vaya!», dice para sí. Y entonces recuerda.

El verano anterior, durante su estancia en París, había perdido la tarjeta del móvil al sustituirla por una francesa. Como su móvil es libre, cuando viaja suele cambiar su tarjeta telefónica italiana por una de prepago del país, mucho más barata. Una vez de vuelta en Montebelluna, la pequeña ciudad del Véneto donde vive, hizo un duplicado de la tarjeta perdida. A los chicos de la tienda de móviles no les resultó fácil: la primera tarjeta donde copiaron sus datos no funcionó bien, la tiraron y tuvieron que repetirla. Se acuerda de ese incidente porque esperó mucho rato para que le entregaran el duplicado definitivo. Esa tarjeta era la que había tenido desde entonces y la que seguía usando normalmente, es decir, lo mínimo posible.

Caterina está en contra del uso desmesurado de móviles, que, según ella, además de afean el paisaje urbano con la proliferación invasiva de antenas por toda la ciudad, amenazan seriamente la salud. Recuerda el caso de su amiga Chiara, que vivía en un apartamento cerca de una antena y tuvo un cáncer de mama del que, afortunadamente se curó. Sí, es verdad que no está demostrado que las ondas de los móviles sean perjudiciales, pero tampoco se ha confirmado que no lo sean. Y ahora resulta que le quieren adjudicar otro teléfono móvil. «Pues ¡vaya! No, gracias».

Caterina engulle de golpe lo que le queda del helado y se limpia la boca y las manos. Estaba riquísimo pero quizás no debería haberlo comido. Eran muchas calorías que ella no necesitaba. ¡Siempre le pasa igual!, después del placer de la comida le vienen los remordimientos. ¡Vale!, solo tiene que esperar un poco y se irán como han venido.

Siempre ha sido gorda y eso no va a cambiar por un helado más o menos. Claro que le gustaría tener un tipo más esbelto y atlético y que no la mirasen de reojo cuando va a la piscina. Pero ahora ya está acostumbrada y ha llegado a aceptarse como era; con sus kilos de más, que ella llama «sus kilos, sin más». Atrás quedaron los complejos de la infancia y de la adolescencia, la vergüenza y el deseo de otro cuerpo más delgado. «No, gracias». Prefiere ser así a tener un aspecto como el de las escuálidas modelos, pobres niñas y jóvenes esclavas de la industria de la moda. Así que solo tiene que esperar unos minutos y la mala conciencia del helado desaparecerá. De hecho, ya no está. Fin.

Caterina es alta, rubia, rubísima, de piel muy clara y pecosa, con unos expresivos ojos azules y unos labios carnosos en una boca casi siempre sonriente, y tiene sobrepeso. Pero sabe vestir con asombroso encanto su corpulencia. Se pone tejanos ajustadísimos que en ella adquieren un aire aventurero. Detrás de su desparpajo evidente, sin embargo, habita

la niñita gorda de quien se burlaban los otros niños. Y es a ella a quien Caterina protege con uñas y dientes, aunque no siempre lo consigue del todo. «¡*Daghe soto*, Caterina!» se dice a sí misma, animándose con esa expresión véneta que tanto le gusta. «¡Adelante, Caterina!».

Llaman a la puerta y aunque imagina quién puede ser, Caterina espía por la mirilla antes de abrir: al otro lado hay dos carabineros mujeres. Abre. Las policías sonríen a la vez que se llevan la mano a la altura de la visera de la gorra en el usual gesto de saludo militar.

—Buenas tardes. ¿Es usted la señora Caterina Skitt?

—Sí, soy yo. Supongo que ustedes vienen por el asunto del teléfono móvil.

—Así es, *signora*. Mire, este es el teléfono en cuestión.

Dentro de una bolsa transparente hay un aparato gris de la marca Siemens. Ese teléfono ella no lo ha visto antes.

—Definitivamente no es mío.

—¿Está usted totalmente segura?

—¡Pues sí!

—Sin embargo, *signora*, la tarjeta Vodafone de este móvil tiene asociados sus datos, nombre, número de DNI, y dirección.

—Ah! Es por eso que pensaron que era mío. Ya entiendo. Pues debe haber algún error —la amplia, y cándida, sonrisa en la cara de Caterina ilustra su veredicto final—, porque yo siempre he tenido tarjetas Wind.

—*Signora* —añade la morena, que según Caterina debe ser la superior ya que lleva una divisa más que la otra—. No quiero parecer insistente, pero le agradecería que nos contestase a unas pocas preguntas y después la dejaremos en paz.

—De acuerdo, ningún problema. ¿Quiéren pasar? —su voz suena ahora segura y firme, la de la perfecta anfitriona, aunque en realidad espera que se queden en la puerta y que,

simplemente, reconozcan que, en efecto, debía haber habido algún error de identificación del móvil.

—No, gracias. Será solo un momento... Piense con calma, por favor. ¿Ha estado en alguna tienda de móviles de Padua durante el último año?

Caterina hace uno, dos, tres *flashbacks* casi simultáneos: «París el verano pasado, tienda de móviles, compra de tarjeta. Septiembre en Montebelluna, tienda de móviles, duplicado de la tarjeta perdida. Después, recargos de su tarjeta Wind, de vez en cuando, en una tienda cerca de su casa. Un, dos, tres. Nada más».

—No, estoy segura de que no.

—¿Ha comprado alguna tarjeta de móvil en el último año?

—Sí, solo la que tengo actualmente, una Wind, la compré en septiembre del año pasado porque perdí la anterior, también Wind, en Francia.

—¿Ah, sí? Explíqueme cómo fue, por favor.

Con pocas ganas, Caterina se fuerza a revivir aquellos días en París. La verdad es que no lo pasó muy bien. Su amigo Pierre, demasiado pendiente de su nueva novia, no estuvo por ella tanto como hubiera querido. Recuerda que el segundo día de su estancia en la ciudad compró la tarjeta local para su móvil.

—Pues entré en una tienda de París para comprar una tarjeta que funcionara en Francia. El empleado cambió la tarjeta italiana Wind de mi móvil por una Orange. Cuando, de regreso a casa, quise reemplazar la tarjeta francesa por una italiana me di cuenta de que la Wind había desaparecido de la funda donde la guardé. Supuse que la había perdido en Francia. Así que me fui a una tienda de Montebelluna y me hicieron el duplicado que tengo ahora. Y hasta hoy, todo normal.

—Interesante —dice la otra agente, la rubia de cabello corto, que a Caterina le parece demasiado guapa para ser

policía, mientras escribe lo que debía de ser un resumen de su declaración.

—¿En qué tienda de Montebelluna le pusieron su tarjeta actual? —pregunta la superior.

Caterina responde algunas preguntas más, que le resultan poco aclaratorias. Las *carabinieri* le parecen más interesadas en averiguar datos sobre las tiendas de móviles que había visitado que en entender el error de identificación que, según ella, se había producido. Al finalizar, la morena, la superior, agradece a Caterina su colaboración y le pasa el documento que la otra ha escrito. Caterina lo firma después de una rápida lectura. Las dos policías se marchan, llevándose la tarjeta fantasma con los datos de Caterina.